

Son tus ojos

Y, de pronto, el traqueteo de las vías es sustituido por un sonido que a varios de los escritores les hace pensar que una tela inmensa, muy seca, se está desgarrando bajo las ruedas del tren.

Alguien grita. Es una de las escritoras. Los demás permanecen en silencio. Atónitos. Algunos mantienen los ojos cerrados, y los abren una y otra vez, como si estuvieran encendiendo y apagando sus cerebros, que deben de estar estropeados, porque todos los paisajes han desaparecido. El Transcantábrico, con veinticuatro escritores dentro, parece haber entrado en la nada.

Una escritora llamada Sofía –melena negra, ojos húmedos como bocas- es la primera que habla. Esto es lo que dice:

- ¡Dios mío! ¿Estáis viendo lo mismo que yo? ¡Han desaparecido los paisajes! ¡Ya no suenan las vías! ¡Y huele a algo maravilloso! Huele como a bosque imaginario. O a sueños. No sé. ¡Esto es demencial! Y esa cosa que nos rodea está en dos dimensiones. ¡Estamos contemplando un universo en dos dimensiones desde el interior de un tren en tres dimensiones!

Casi todos los escritores tienen la frente, y la mente, adheridas a las ventanillas del tren. Sólo el cristal les separa de una imagen que nunca antes ha entrado por sus pupilas, y que jamás han construido sus máquinas de imaginar. No es niebla blanca, ni una extensión ilimitada, ni oscuridad, ni luminosidad. No, no es nada nombrable. Es la nada extendida en dos dimensiones. Y contemplarla produce una inmensa paz.

Se oye otro grito de mujer. Y ahora otro.

Sofía está muy quieta en su asiento, tomando notas, empujando hacia afuera sus globos oculares para espejear más realidad. La nada exterior le está proporcionando un placer demasiado sereno, y Sofía piensa en la muerte, y la piensa como una nada muy voluptuosa, muy limpia, terriblemente armónica. Pero ella prefiere desquiciarse con sus pensamientos, con sus palabras, que abandonarse a los placeres del no existir, al descomunal erotismo de la nada.

Suenan más gritos. Los escritores que son capaces de recuperar sus miradas de la nada bidimensional se agrupan para ofrecer resistencia a la irracionalidad que les rodea.

Sofía sigue sola, sentada, inmóvil, y de pronto recuerda una conversación que mantuvo dos años antes con un escritor en Llanes, cuando se celebró el vigésimo aniversario del Transcantábrico y se reunió por primera vez a veinticuatro escritores en un viaje de siete días por los paraísos del norte de España. Los dos caminaban por lo alto de un dique

contra el que se estrellaban olas de cemento, cúbicas, de mil colores, inmóviles y falsas como la geometría euclidiana. El viento era de color violeta, como algunos de aquellos cubos de cemento. El cielo era de hierro, de hierro inestable. Todo le parecía a Sofía inestable en aquel paseo. El escritor, con las manos cobijadas en los bolsillos de su chaqueta de pana, le había asegurado que la maquinaria psíquica del ser humano no servía para distinguir eso que fuera lo que quiere designar la palabra “real”, de eso que fuera lo que quieren designar las palabras “sueño”, “alucinación” o “imaginación”. Sofía le había pedido a aquel escritor que se callara, porque sentía miedo, y había dejado que su mirada, es decir, su mundo, se rompiera, se deconstruyera, entre aquellos cubos de colores con los que un escultor vasco llamado Ibarrola había querido romper todos los ismos.

Otro grito acuchilla ahora el vagón-cafetería donde se han agrupado los pasajeros del Transcantábrico.

En el extremo opuesto del tren, el maquinista y el mecánico abren la puerta de la locomotora para escudriñar la nada. Llevan varios minutos intentando que el tren se detenga, pero es imposible: ni se para ni se deja pilotar. Delante de ellos siguen apareciendo manchas blancas y negras, como lagunas, como dibujos sobre una superficie bidimensional que no tiene color. Hace unos segundos han intentado utilizar los teléfonos. No funcionan. Ni la radio. El tren parece haber caído en un liso, duro y blanquecino océano de nada: una nada seca y dura que tiene un olor maravilloso. El mecánico dice que huele como a piel de hada.

El maquinista abre la puerta de la locomotora y es devorado por la inexistencia. El mecánico no es capaz de reaccionar a tiempo. Ya tiene medio cuerpo fuera del tren. Lo pierde. Sólo conserva el tórax, justo a partir del esternón, y siente un placer extraño, una paz diferente, como si hubiera escapado de las mandíbulas de la existencia individual. Ahora el mecánico está en el suelo de la cabina de la locomotora, jadeando, apoyado sobre sus costillas, monstruosamente mutilado, pero sonriente, ahíto de placer. Un grupo de escritores acude corriendo por los pasillos. Se oyen gritos. También lloros. El mecánico se da cuenta de la monstruosidad en la que se ha convertido y, braceando en el suelo, llega hasta el borde de la puerta de la locomotora. Y se tira. Y desaparece antes de tocar el suelo seco de la nada. Nadie es capaz de hablar.

Se oyen más gritos. Uno de los escritores anda por los pasillos sin cabeza, con paso sereno, como si hubiera alcanzado la iluminación. Alguien asegura, jadeante, que el pobre diablo ha perdido la cabeza al asomarse por una de las ventanillas.

- Es David, ¿verdad? –pregunta Sofía.

- Sí – responde un poeta-. Y se le ve tranquilo. Será mejor que le sentemos a una mesa. ¿Estamos todos locos?

Ahora llega al vagón-cafetería una pareja de escritores que nunca habla. Sus cuatro ojos están inmóviles. No parecen nerviosos. Pero caminan muy despacio, como si todo aquello estuviera a punto de explotar de inverosimilitud. La chica no sabe si mirar hacia la nada del paisaje o hacia la nada que ha sustituido la cabeza de David.

Es sorprendente lo rápido que se organiza un comité de crisis. Lo dirige, sin sufragio previo, y en calidad de presidente, un poeta, un poeta de renombre, quizás porque es el escritor más prestigioso de todos los que viajan este año en el Transcantábrico. Ya está hablando:

- Tenemos que salir de aquí.
- ¿De dónde? – pregunta otro escritor- ¿Dónde estamos?
- No lo sé – responde el poeta-. Pero hay que salir de aquí.
- Todo esto es una locura – afirma un tercer escritor que habla a través de un inmenso bigote-. No podemos salir. Ya hemos visto lo que les ocurre a quienes sacan cualquier parte de su cuerpo fuera del tren. Yo recomiendo, como primera medida de precaución, que no miremos eso que ha sustituido al paisaje. Sospecho que puede enloquecernos. Esa nada blanca es el caos que demonizaron los pitagóricos.

Ahora el poeta se sienta en el suelo y dice esto (siempre mirando, aterrado, fascinado, a los ojos de Sofía, y al chorro negro de su melena):

- Yo he perdido algunos dedos, pero no siento dolor. Todo lo contrario. Es como si mis dedos hubieran sido sustituidos por una nada de placer. Y os aseguro que es un placer permanente, sublime. Pero todo esto es una locura tan descomunal que tengo miedo de que ya sea irrecuperable nuestra vida, el mundo real del que venimos, ese lugar donde yo estaba escribiendo mis poesías, las frases con las que, poco a poco, he ido construyendo mi hogar en uno de los anillos de Saturno.

El poeta, mientras confecciona sus palabras, busca admiración en los ojos de Sofía. Pero no la encuentra.

El vagón-cafetería está repleto de escritores. Quizás se abracen todos, como bebés rodeados de lobos. Tienen mucho miedo. Y sus cráneos están a punto de resquebrajarse bajo el peso de lo irracional. Esto no puede estar pasando, se dicen unos a los otros; no es posible que el Transcantábrico, de pronto, después de salir de un túnel, acceda a un universo en dos dimensiones, sin color, pero con un olor delicioso.

Se oyen nuevos gritos. A Sofía le parecen insoportables porque son demasiado agudos y demasiado largos. Acaban de entrar, desconcertadas de placer, dos camareras. Están mutiladas por la nada. Una tiene la cabeza seccionada oblicuamente: el bisturí del placer ha seguido una línea recta que comienza en la parte inferior de la oreja izquierda, pasa por el entrecejo y llega hasta la tapa del cráneo. No se ve sangre. Es como si el bisturí hubiera cerrado la terrible herida con el cemento de la nada. La otra camarera sólo ha perdido parte de los brazos.

Una escritora está ahora llorando, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Tiene los ojos azules, fríamente soñadores, y no quiere pensar, no vaya a ser que esté loca, que todo esto sea fruto de una descomposición de su mente. Muchos otros escritores piensan lo mismo. Otros parecen relajados, sobre todo David, no sólo porque no tiene cabeza, sino porque ya está acostumbrado a soñar que discute con varias personas mientras les impele a reflexionar, con honradez, si están absolutamente seguras de que no están soñando.

Todos los escritores se dirigen ahora hacia la locomotora. Ninguno de ellos se distancia de algún otro más de diez centímetros. Ni siquiera David, el decapitado, al que conduce Sofía. Alguien repara en las camareras. Se han quedado atrás, junto a una ventanilla. La están abriendo. Una de ellas, la que había perdido media cabeza, sumerge la otra mitad en la nada. Su cuerpo se sacude de placer. Ahora mete en ella las manos. Y ahora el resto de su cuerpo. Está desapareciendo. El mirón se queda con la imagen de un pubis muy oscuro, vislumbrado, seguramente imaginado, poco antes de desaparecer por una de las ventanillas del Transcantábrico. Ahora el mirón acelera el paso para no despegarse de sus compañeros; y no puede ver como la otra camarera va entregándose poco a poco a la inexistencia, centímetro a centímetro, con infinita voluptuosidad.

Los escritores ya han llegado a la locomotora.

- ¿Qué son esas manchas negras? –pregunta alguien.

El tren avanza sin piloto, restregándose por una superficie porosa en la que se distinguen formas blancas y negras en dos dimensiones. Desde la locomotora se aprecia mejor el sonido que sustituyó al traqueteo sobre las vías. Sólo tres escritores se fijan en un hacha, como de bombero, que está colgada en una de las paredes. Entre ellos está el poeta.

- Es como si debajo del tren hubiera un inmenso trapo seco que se estuviera rasgando con las ruedas de hierro –dice alguien.

- El tren parece volar por esta sucesión de meandros de agua blanca y de agua negra, en dirección a no se sabe dónde –dice otro escritor-. Es muy extraño.

- ¿El qué? –pregunta María, una escritora con un perfil mayestático que dos años antes había formado parte del primer viaje de escritores en el Transcantábrico.

- Es extraño que cada pocos segundos parezca como si el tiempo retrocediera “en el espacio”, a toda velocidad, de forma casi imperceptible, para colocarse otra vez en su vector ordinario.

Sofía se dirige al parabrisas de la locomotora y apoya su frente en el cristal. El poeta no puede mirarla mientras ella habla.

- Sí, tienes razón: es como si cada pocos segundos saltáramos a un vacío que tira como hacia atrás, en el espacio, no en el tiempo, y que nos pone otra vez en este demencial camino hacia no se sabe dónde. Pero ese

salto en el espacio no ocurre en el espacio ordinario que captan nuestros sentidos. En fin: esto es una locura.

Un escritor que hace pocos días ha ganado un premio fraudulento no para de negar con la cabeza. Niega la realidad que está viviendo, pero no puede negar esa sensación que acaba de describir Sofía. Va a hablar el premiado:

- Yo sé perfectamente lo que está pasando. Es muy simple. Me he tomado un tripi, pero, claro, en este estado de alucinación, no puedo saber que me lo he tomado. Así que lo mejor que puedo hacer es relajarme y disfrutar de esta paranoia, de la cual, obviamente, despertaré. Luego se la contaré a mis colegas, los cuales sin duda me estarán observando en este momento, muertos de risa. Por cierto...

El premiado dirige sus ojos hacia el techo del tren y dice esto:

- ¡Hola, colegas! ¿Me oís? Sé que estoy en un trip alucinante, seguramente metido en mi cama, con vosotros a mi lado. Pero os estoy dejando alucinados porque soy capaz de saberme en otra realidad. Y desde ella os hablo. ¿Me oís? ¿ME OÍS? ¡HE DICHO QUE SI ME OÍS! ¡QUE SI ME OÍS!

El premiado ahora está llorando. Y es que nadie le contesta. No hay nadie más allá de lo que él cree que es la parte interior de la cúpula de su mente. María, la escritora de perfil mayestático, le abraza. Ahora le está diciendo que se tranquilice.

Sofía vuelve a hablar:

- Hay algo más. De vez en cuando siento como si ese salto al vacío no fuera hacia atrás en este espacio bidimensional, sino que parece como si lo que he dejado vivido se quedara debajo de lo que estoy viviendo, en una dimensión simétrica a ésta, pero opuesta. Siento como si estuviéramos dándole la vuelta a la piel del universo una y otra vez.

Va a hablar otro escritor:

- Amigos: lo que estamos viviendo carece por completo de verosimilitud y, por lo tanto, es evidente que estamos soñando. Bueno, más bien digamos que es evidente que “yo” estoy soñando. En los sueños no hay alteridad. Sólo existe una mente que sueña. Todo sueño es un fenómeno solipsista, un universo que se genera y se destruye en el interior de esa víscera blanca y viscosa que llamamos cerebro. Dado que yo siento que estoy reflexionando sobre lo que me está pasando, es obvio que estoy existiendo. Lo anterior me obliga a deducir que todos vosotros no sois más que creaciones de mi mente. Podría llevar a la práctica cualquiera de mis más inconfesables fantasías sexuales sin que por ello vulnerara la moralidad vigente. Se me ocurre que podría incluso mataros sin convertirme en asesino. Estoy soñando. ¡Estoy soñando! Y soy consciente de ello. ¡Es maravilloso!

El escritor sigue hablando. Pero no todos le escuchan. Hay un exceso de intensidad, tanto conceptual como estética. Hay también un exceso de irrealdad. Sofía propone volver a la cafetería. Tiene hambre.

El escritor solipsista sigue con su perorata:

- Dado que estoy soñando, puedo permitirme cualquier juego con la realidad, como por ejemplo volar. Voy a volar. ¿No lo creéis? ¿O preferís que os mate a alguno?

Los escritores están muy serios. Casi todos ellos miran el hacha que cuelga de una de las paredes. Hay un silencio muy largo en el que se aprecian varios saltos a esos vacíos que Sofía ha sabido definir unos párrafos más atrás.

Ahora nadie se ríe mientras el escritor solipsista agita sus brazos para levantar el vuelo, apretando las mandíbulas, con las orejas encarnadas por el esfuerzo.

- Para. Déjalo ya. Tranquilo— está diciendo ahora alguien—. Creo que lo más sensato es que traigamos aquí algo de comida. Iremos unos cuantos. Y regresaremos lo antes posible. Debemos permanecer unidos frente a la locura que nos ha atrapado.

Salen tres escritores, temblorosos, en dirección al vagón-cafetería. Se les ve correteando sin dificultad porque el tren no se balancea en absoluto. Las únicas alteraciones físicas las están sintiendo los escritores en las regiones más remotas de sus mentes, allí donde están instalados los esquemas apriorísticos del espacio y del tiempo, según afirma ahora alguien que lee mucho a Kant.

Los escritores están comiendo. Nadie habla. Todos respiran profundamente, como si quisieran que el olor de este universo impregnara para siempre cualquier cosa vivida.

- ¿A qué os recuerda este olor? —está preguntando María.

María es una mujer imperial, pero de un imperio muy primitivo: su mirada arranca desde la tierra, es la tierra mirando a sus criaturas, recordándoles que volverán a sus humedades, a sus penumbras, a su placenta de barro negro. La escultura del cráneo de María es imponente. Mirar su perfil relaja la mirada casi tanto como la nada que envuelve el tren. Va a contestarle otro de los escritores. Se llama Jacques, tiene aspecto de ángel alquimista y si no hemos leído nada sobre él hasta ahora es porque se ha limitado, desde que el tren entrara en la nada, a escribir en una libreta en la que está taxonomizando el mundo. Es una libreta de tapas duras, y, si la miramos bien, podemos apreciar que cada vez se parece más a una esfera de papel, a una reproducción entera del cosmos, a un aleph como el que imaginó Borges. Esto es lo que Jacques contesta a María:

- A mí me parece que todo esto huele igual que mi libreta.

El poeta va a hablar ahora. Lo hace, una vez más, queriendo existir, eternamente, dentro de los ojos de Sofía:

- Huele a lo que se obtendría si la madera de un bosque de cuento pudiera ser digerida en un cerebro humano.

Los demás escritores manifiestan su disconformidad con las metáforas del poeta. Él vuelve a la carga, sobretodo porque alguien le dijo que a Sofía le gustaban los poetas. Y porque sabe –otros escritores de los allí presentes también lo saben- que sólo con la metáfora puede el lenguaje acercarse, rozar con sus yemas, aquello que está más allá de sí mismo.

Dice el poeta:

- Huele a la retina de un soñador de papel que mirara a la cara del infinito. Es el olor que tendría la tierra fértil si fuera blanca y estuviera infectada de sueños humanos.

El poeta se calla. Todos permanecen en silencio, narcotizados con un olor que el lenguaje no es capaz de atrapar. Pasan las horas. Muchas horas. No se hace de noche. La luz no cambia, sólo la sucesión de manchas blancas y negras sobre lo que parece ser un trapo infinito en dos dimensiones, y que se rompe, serenamente, bajo las ruedas del tren.

David, el escritor sin cabeza, dos años antes contemplaba desde la cama de su suite, con los pies desnudos apoyados en el cristal, cómo el Transcantábrico ascendía por una catarata de imágenes que a duras penas fue capaz de fotografiar en su agenda: una catarata de montañas con formas de nubes, y de nubes -azules, grises, rojas- con forma de montañas; y de barro, suficiente para crear infinitos Adanes; y de bosques iniciales, de cuando el planeta aún chorreaba de placentas, demasiado imaginarios, demasiado verdes, demasiado lúbricos; y de casas pintadas con flores de almendro; y de prados fosforescentes; y de playas de plata, o incendiadas, o ensangrentadas; y de pueblos con carteles en los que se leía “Nunca mais”: una catarata de imágenes que en ocasiones era atravesada por la estaca amarilla del sol.

Ahora David no puede recordar las notas que tomó dos años antes en aquel viaje de lujo que las autoridades de la FEVE le habían regalado, a él y a veinticuatro escritores más, a cambio de un relato. Y es que la nada ha rebanado su cabeza, con todo su pasado, pero le ha regalado el vacío, ese vacío que a él tanto le fascinaba: el vacío budista: la papilla del infinito: el *Nirguna Brahman* del vedantismo.

Se oye un bostezo soez. Ahora otro. Todos los escritores quieren dormir para luego despertar. Todos están convencidos de que la única salida de esta locura está dentro de sus mentes. Todos se proponen trabajar en el interior de sus universos particulares para recuperar su conciencia ordinaria. Sólo uno de ellos manifiesta estos pensamientos. Lo hace así:

- Me despido de vosotros, compañeros. Es evidente que estamos soñando. Y si esto es un sueño colectivo, espero que lo podamos recordar juntos. Si sólo estoy soñando yo, os aseguro que mañana, en el desayuno de este fabuloso tren, os dejaré boquiabiertos con mi narración.

Habla ahora otro escritor:

- ¿Y cómo puedo saber que no me están mirando, atónitos, los viandantes de un paseo marítimo, mientras yo, un lunático con la cara llena de babas y de mocos, me creo que os estoy hablando a vosotros, seres imaginarios que sólo existís en mi locura? ¿Sabe el loco que no existen las personas a las que él cree que habla, esas personas que no ven los que le miran compasivamente mientras él, sucio, ridículo, patético, mira las olas creyendo que son personas emocionadas con sus palabras?

El escritor que acaba de hablar se lleva las manos a la cabeza. Está llorando. Sus compañeros guardan silencio.

Ahora todos están dormidos en el suelo de la locomotora. Unos encima de los otros. Podemos apreciar, difuminadas entre la inverosimilitud y la oscuridad, algunas escenas de erotismo, porque muchos de los escritores se sienten liberados de la moral al creer que habitan en la tierra de los sueños. Sofía también duerme. El poeta no, porque no puede dejar de mirarla.

Ya van despertándose. Uno a uno. Tienen hambre. Y ganas de ir al servicio. Pero nadie quiere separarse del grupo. Y es que no han despertado de lo que creían que era un sueño. Hay confusión, vértigo, miedo. Dos escritoras se abrazan temblando. Sus temblores se extienden a los demás sistemas nerviosos. Las ventanillas siguen ofreciendo el grandioso y pavoroso espectáculo de una nada bidimensional. Sólo el frontal de la locomotora ofrece imágenes: la sucesión, constante, de manchas negras y blancas sobre un suelo infinito.

- ¿Qué hacemos? –pregunta alguien.

Uno de los escritores, el más viejo, se ve en la obligación de ofrecer algún consejo a sus compañeros. Y dice esto mientras analiza las manchas que se suceden delante del tren:

- No sé. Estoy muy confundido. De verdad que no soy capaz de entender esto.

- Yo propongo que saltemos de este tren – está diciendo ahora una de las escritoras-. Creo que para salir de este sueño, locura, alucinación o lo que sea, hay que ser valientes y escapar. Cada vez que miro hacia esa nada es como estuviera mirando fijamente a los ojos de Dios. Os lo juro.

Varios cuerpos silenciosos se acercan a la escritora y la rodean con sus manos. También quieren escapar. David, el escritor sin cabeza, permanece sentado en el suelo, disfrutando de las caricias de Sofía, la cual es permanentemente observada por el poeta.

Nadie habla ahora. La escritora escapista y sus seguidores se están despidiendo de sus compañeros con abrazos muy largos, abrazos a los que podríamos poner una duración de años. No olvidemos que aquí no existe el tiempo.

Los escapistas están abriendo la puerta de la locomotora. Ahora saltan al vacío. El tren se rellena de silencio. Todos los escritores miran la puerta abierta como si fuera la vagina de sus madres. Muchos están llorando. Muchos creen que es una puerta abierta en el interior de sus mentes para escapar de este laberinto artificial que ha creado su propia maquinaria psíquica. Saltan otros tres, después de largos abrazos de despedida. Saltan gritando. Son obscenos gritos de placer. Y ahora les siguen más escritores. En estampida.

El poeta tartamudea mientras intenta convencer a sus compañeros de que no renuncien a la existencia, de que hay que llegar hasta el final del viaje, aunque se trate de un viaje demencial. Les dice que nada hay en el mundo, en ninguno de los mundos posibles, o imposibles, que carezca de sentido, que carezca de belleza. Y su discurso, una vez más, en realidad va dirigido a Sofía.

Sofía se levanta lentamente y abraza a David, el decapitado, y a los escritores que aún prefieren existir.

El poeta siente que Sofía es una víscera de su cuerpo. Siente que si la escritora se va, si deja de existir como individualidad, él morirá, y morirá el mundo entero. Pero Sofía ya está soltando el abrazo, el abrazo que para el poeta convierte el mundo en una obra maestra de Dios.

Ahora Sofía se dirige hacia la puerta-vagina que lleva a la nada.

- ¡NO TE MUEVAS, SOFÍA! ¡TE LO SUPLICO! – chilla de pronto el poeta.

Sofía se gira desconcertada, casi molesta, casi enojada. David, el decapitado, aprovecha el desconcierto y se dirige, tambaleándose, como un muñeco ciego, hacia la intemperie. Quiere entregarse a la Totalidad, por fin, después de tantos años de leer y de teorizar sobre ella. Ya ha saltado por la puerta. Ya es nada.

- ¡NO TE MUEVAS, SOFÍA! ¡POR FAVOR!

El poeta está aproximándose hacia Sofía como si quisiera cazarla. Pero le sujetan sus compañeros.

- ¡SOLTADME! ¡CREO QUE YA SÉ DÓNDE ESTAMOS!

Los escritores no le sueltan. Sofía está al borde de la inexistencia. Quiere saltar.

Ahora el poeta golpea a uno de sus compañeros. Los demás deciden echarse a un lado.

Hay un silencio sin tiempo.

Todos miran, atónitos, cómo el poeta coge el hacha de bombero. Y ahora cómo se sube a una mesa, mientras grita:

- ¡NO SALTES, SOFÍA! ¡ESPERA! ¡CREO QUE YA SÉ DÓNDE ESTAMOS! ¡ES PAPEL! ¡HUELE A LIBRO! ¡Y ESO QUE VEMOS AHÍ DELANTE SON LETRAS! ¡SON FRASES!

El poeta está golpeando el techo del Transcantábrico con el hacha.
Ya ha abierto un agujero que permite ver el cielo.

- ¡NO SALTES, SOFÍA! ¡MIRA HACIA ARRIBA! ¡MIRA!

Sofía no soporta la demencia del mundo y, con los ojos encharcados, salta a la nada.

En este instante todos los escritores que aún existen, menos el poeta, están mirando hacia arriba. Están mirando lo que hay en el cielo. Son dos enormes ojos vivos, que parpadean.

Son tus ojos, lector.

David López.

Madrid, mayo del 2003

(Todos los derechos reservados)